

CON EL ESTATUTO, POR LA PAZ Y LA PROSPERIDAD

Cumplidos ya los últimos trámites que la Constitución señala, y tras su publicación en el Boletín Oficial del Estado, el Estatuto de Autonomía para el País Vasco forma ya parte, por derecho propio, de la legalidad vigente. Y en esta jubilosa ocasión para tantos vascos de buena fe y de buena voluntad, tenemos que repetir lo que tantas veces hemos dicho: que el Estatuto no es en sí una panacea milagrosa, pero sí un decisivo punto de arranque para iniciar la reconstrucción moral y material de nuestro pueblo en paz, trabajo y convivencia. Porque es precisamente ahora, cuando los vascos tenemos que demostrar que este Estatuto tan anhelado, que nos devuelve nuestra identidad histórica dentro del marco de la solidaridad y del quehacer nacionales, es el instrumento que todos ansiábamos para erradicar definitivamente el terrorismo, para dotar de contenido a nuestras instituciones, para elegir democráticamente a los hombres más capacitados y todo ello con honradez, con seriedad y con verdaderos deseos de que el pueblo vasco alcance más altas cotas de justicia, de libertad y de bienestar social. Es así, únicamente así, como romperemos las muchas incomprensiones que en torno a nuestro pueblo se han producido, precisamente a causa de una violencia ciega y desatada que aun en estos mismos momentos tiene una víctima inocente en su haber a pesar de la repulsa y la condena de todo el mundo civilizado.

Que esto es así, que esto ha de ser así, no deja margen a la duda porque si el Estatuto no sirviese para aislar el terrorismo, si no sirviese para el relanzamiento de nuestra economía, si no fuese capaz de devolver la paz, la justicia y la libertad a nuestro pueblo, entonces el Estatuto, la negociación y todas las monsergas de ocasión no habrán servido para nada.

Podemos decir con modestia, pero también con satisfacción, que hemos puesto los pilares para traer la democracia a España, pero aún no tenemos la democracia deseada. La democracia que nosotros quere-

mos, la que estamos empeñados en conseguir, es la democracia que asegura la libertad, donde la vida se rige por leyes iguales para todos. Y esa democracia no pasa por las coordinadas de ETA ni por las de quienes desean hacer del País Vasco un país independiente y marxista.

Nosotros pensamos que el pueblo vasco ha sentado las bases para su futuro desarrollo y que ha llegado el momento de dar satisfacción al natural deseo de paz y, recogiendo el sentir de una gran mayoría de nuestro pueblo, no podemos ofrecer un margen de confianza política a quienes siguen hablándonos de lucha y a quienes aseguran que la reforma no quiere la paz. Y es que, lo que realmente separa a los grupos políticos que actúan por vías institucionales de los que propugnan la lucha armada en nuestro País, no es una simple diferencia de estrategia, sino de objetivos y repito que la lucha armada está inspirada por una determinada concepción del País Vasco y de su futuro, que difiere esencialmente de la nuestra y de los verdaderos intereses del pueblo vasco. Y es éste pueblo vasco que no se deja llevar por radicalismos suicidas, el que comprende ya que las diferencias de estrategia en esta cuestión, conllevan unas diferencias radicales de objetivos, que es lo que fundamentalmente separa a unos y a otros.

Ahora, como antes, nosotros sabemos cuál es nuestro problema más grave: el marxismo revolucionario servido por grupos armados que, obviamente, se autoproclaman vasquistas, sin realmente serlo, al igual que se proclaman demócratas mientras atentan una y otra vez, fríamente, contra la vida del hombre, que es su sumo bien en la tierra. Ellos son los que están ensayando una democracia donde "Ley" se confunde con "fascismo", donde nadie se atreve a tomar entre las manos la palabra "Derecho", la palabra "Orden", la palabra "Autoridad", y ellos son los que han hecho de la democracia un dios en cuyo altar hay que sacrificar víctimas de ciudadanos sarcásticamente libres. En resumen, una democracia para conejos.

Y es este triste panorama que padece nuestro pueblo el que

nos ha llevado preferentemente y sobre otras condiciones también desfavorables, a la angustiosa situación económica por la que nuestro pueblo atraviesa. Nos acongoja que en el País Vasco, donde en el 1,4 por 100 del territorio nacional se acumula el 5,85 por 100 de la población total y el 7,8 por 100 de su renta, se padezca una crisis económica que amenaza a nuestras industrias y, por derivación, a toda nuestra población trabajadora. Y no es lógico ni justo cargar la cuenta de esta situación al "centralismo de Madrid" o a la incompetencia de los gobernantes, porque todos sabemos perfectamente quiénes son y dónde militan los causantes de este deterioro económico de nuestro País Vasco.

Todo lo que llevamos sufrido y todo lo que aún estamos sufriendo, debe pesar en la conciencia de los auténticos vascos a la hora de acudir nuevamente a las urnas para elegir los hombres que han de ocupar sus escaños en el Parlamento vasco. Porque ya hemos comprobado que no nos sirven los que en nombre de la lucha armada quieren llevar a nuestro pueblo a la destrucción y a la desesperación, ni quienes con sus sempiternas ambigüedades acomodaticias, producto del temor o de la incapacidad, se limitan a cargar sobre espaldas ajenas las propias culpas.

Al pueblo no se le puede seguir engañando indefinidamente. El pueblo vasco quiere paz, quiere trabajo, quiere orden, justicia y libertad. Con el Estatuto en la mano, habrá que buscar los mejores hombres que sean capaces de hacer realidad esos legítimos anhelos.

Marcelino OREJA AGUIRRE

(Diputado de UCD por Guipúzcoa)